MJ estudios

Conversio ad Deum

Inspiraciones pastorales desde la Teología Fundamental

Santiago García Mourelo. Salesiano. Sacerdote. Profesor en la Universidad Pontificia Comillas. Coordinador General de Pastoral y Director del Centro Juvenil en la Casa salesiana de Atocha (Madrid). Miembro del Consejo de redacción de **Misión Joven**.

Síntesis del artículo

El autor describe la conversión cristiana: sus etapas, sus raíces bíblicas, eclesiales y teológicas, y al final presenta unas propuestas pastorales para el momento actual.

#**PALABRAS CLAVE:** Conversión, pastoral, Trinidad, Iglesia, Evangelio, itinerarios de fe.

Abstract

The author describes the Christian conversion: its stages, its biblical, ecclesial and theological roots, and at the end presents some pastoral proposals for the present moment.

#**KEYWORDS:** Conversion, pastoral, Trinity, Church, Gospel, itineraries of faith.

1 La buscada y difícil conversión

Pese a estar en un momento social y cultural de cambio –y que reclama continuamente cambios–, la conversión no abunda, pese a ser necesitada y buscada.

A este respecto son interesantes los análisis de David Le Breton en *Desaparecer de sí*[1], cuando en los primeros capítulos describe la vorágine de actividades en la que muchos están –estamos– metidos, constatando una incapacidad fáctica para poner remedio a sus consecuencias: las noches de insomnio, la fatiga crónica, el quemarse (*burnout*), la fractura vital en personalidades múltiples o el activismo frenético. La solución que muchos toman es desaparecer de sí. Tomarse, como dice el autor, espacios o momentos de «blancura» en los que la persona rompe con todo, con la «voluntad de ralentizar o detener el flujo de pensamiento»[2], buscando la impersonalidad, cerrando todo acontecimiento, des-

[1] Cf. **D. Le Breton**, *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea*, Siruela, Madrid 2016.

[2] *Ibíd.*, 23 ss.

conectándose de su cotidianidad. Lo triste de esto es que, aun siendo consciente de su situación de malestar, no hay conversión de aquello que le aboca al aislamiento. Hay desconexión momentánea, pero no conversión.

De manera similar, el filósofo Byung-Chul Han, en sus breves monografías que describen la sociedad presente[3], señala desde diferentes ángulos y centros de interés, el malestar deshumanizador de la persona provocado por una cultura dominada por el mercantilismo, la inmediatez, el zumbido crónico o el control de masas. Describe con finura el contexto cultural, la realidad social, pero no hay una propuesta liberadora de esa situación. Parece que la única iluminación es abrir los ojos a esa realidad, aunque, al menos hasta el momento, no se vea el final del túnel y baste la lucidez pasiva como salvación. Hay consciencia, pero no conversión.

Estas constataciones, hechas por pensadores, no son elucubraciones idealistas. Tienen un suelo real y cotidiano que todos pisamos. Todos conocemos a personas en un «constante movimiento existencial errante» –por llamarlo de alguna manera–, que, movidos por una continua insatisfacción de su profesión, de sus relaciones, de sus estilos de vida, etc., cambian, se reinventan, como está de moda decir.

Sin embargo, detrás de esos continuos cambios, disfrazados de renovación y renacimiento, late aquella descripción que, tiempo ha, realizó Maurice Blondel en *La Acción (1893)*[4]. Obra de juventud, en absoluto exenta de madurez y profundidad, donde, planteando la cuestión del sentido y del destino de la vida, describía al llamado «diletante». Aquel que trataba de solucionar el problema de la vida negándolo y moviéndose de experiencia en experiencia, sin hacer ninguna opción por nada –en el fondo, no dando opción a que nada le implicase la vida–. Disfrazado de flexibilidad, de naturalidad, de libertad, atraído y atrayente por la agitación continua, por el entusiasmo vitalista, «siempre dispuesto a retractarse, siempre ocupado en moverse y en dividirse»[5], el diletante no quiere reconocer que, el mismo movimiento incesante de la voluntad, solo puede calmar su sed cuando incesantemente se entrega –no sin el sacrificio de la renuncia–, a una única opción; a lo único necesario, a Dios.

Más de un siglo ha pasado desde aquella descripción en la que muchos de nuestros contemporáneos se pueden encontrar reflejados. Conscientes de su insatisfacción y dando soluciones que, sin remedio, la acrecientan, pero no dirigiéndose hacia alguna dirección donde encontrar paz, serenidad, destino y sentido en la vida. Ayer y hoy, hay movimiento, pero no conversión.

2 Momentos del único movimiento de cualquier conversión

En las situaciones precedentes descritas, como he indicado, no hay conversión. Ciertamente, en todas encontramos elementos de conversión, pero no se da plenamente. Ésta, podemos decir, se completa cuando constatamos los siguientes momentos, que forman un todo y cuyos límites son difusos entre sí, pudiendo simultanearse o prolongarse en el tiempo.

[3] Cf. **B.-Ch. Han**, *La sociedad del cansancio* (2012), *La sociedad de la transparencia* (2013), *En el enjambre* (2014), *La agonía del eros* (2014), *Psicopolítica* (2014), *La salvación de lo bello* (2015), *El aroma del tiempo* (2015). Todas en la editorial Herder, Barcelona.

[4] Cf. **M. Blondel**, *La Acción (1893). Ensayo de una crítica de la vida y de una ciencia de la práctica*, BAC, Madrid 1996.

[5] *Ibíd.*, 29.

Sigue en la página 49…

- *Descentramiento*: momento en el que la persona cuestiona –bien por algún acontecimiento exterior o por alguna iluminación interior–, los valores, los puntos de apoyo vital, los hábitos o la dirección global en su vida. Es un momento de ruptura, de crisis.
- *Encuentro*: coextensivo, posterior o motivo del descentramiento, la persona se encuentra con aquello sobre lo que hacer pivotar su existencia. Puede ser un valor, una causa, alguien, o Alguien. Es aquello que sostiene el cambio e ilumina la dirección a seguir. Puede ser el origen o la meta de la nueva dirección.
- *Concentración*: el encuentro, si no se quiere quedar en un momento de conmoción aislado y emotivo, reclama la concentración de la totalidad de la persona. Inteligencia, afectos y voluntad, deben ser articulados desde este nuevo centro de la existencia, convirtiéndose, así, en principio unificador de la persona.
- *Expansión*: en continuidad con el anterior, o como facilitador del anterior, viene un momento de expansión de esa concentración. Es un momento de expresividad, de manifestación de las nuevas opciones, criterios y valores.
- *Continuidad*: para ser conversión como tal, más allá de una efímera catarsis, la dirección tomada debe ser continuamente confirmada, evaluada y reconducida.

Como vemos, ni siquiera fuera del ámbito religioso, abunda la conversión pues, aunque haya descentramientos continuados de la existencia, la persona, como si estuviera situada fuera de sí, no se encuentra con nada ni con nadie que le sirva de apoyo o de dirección. Los motivos de esto pueden ser muchos:

- La prohibición contemporánea –al menos externa– del arrepentimiento; como si fuese una prolongación de los arrebatos vitalistas de Nietzsche contra toda moral que supusiese el dominio de sí.
- La dificultad de romper la imagen que uno tiene, ante los demás o frente a los propios ideales, esclavizando la propia realidad en la apariencia mostrada.
- El miedo al fracaso al tomar cualquier opción por algo o por alguien.
- Creerse incapaz de retomar caminos nuevos por el riesgo que conllevan, o por el esfuerzo que puedan requerir.
- La «necesaria libertad» que todos deseamos conservar y que podemos ver amenazada al entregar nuestra vida a alguna causa.

Con este panorama, simplemente contemplado de «tejas para abajo», ¿qué lugar tiene la conversión cristiana? ¿Cómo acompañar el *initium fidei* de los nuevos cristianos, o de los que están en camino de completar su iniciación? ¿Tendremos algo que aportar?

3 La conversión cristiana

Lejos de toda experiencia extraordinaria, podríamos decir que «conversión» es sinónimo de «vida cristiana». Algo común en todo bautizado. Así comienza la predicación de Jesús: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1,15), y la de Pedro, después de su discurso en Pentecostés, cuando fue preguntado: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?», Pedro les contestó: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2,37b-38).

Ante cualquier mirada, descubrir la conversión al comienzo del Reino y del anuncio del Evangelio, no resulta indiferente. La insistencia en ella recuerda que, ante la fidelidad probada de Dios, la respuesta adecuada por parte del hombre es su acogida

…Viene de la página 32

y entrega confiada. Para lo cual se deben abandonar otros dioses y volverse, movido por el amor fiel de Dios, hacia el mismo Amor. Acerquémonos a las «viejas palabras» de la Escritura y la Tradición para encontrar la originalidad y la novedad de la conversión cristiana.

3.1 *La palabra de la Escritura y el Magisterio*[6]

En la Escritura encontramos, fundamentalmente, dos términos referidos a la conversión. Como toda realidad lingüística, más si cabe por su distancia en el tiempo y en el contexto, tienen variaciones semánticas y evoluciones que no es necesario reseñar[7]. De todo ello podemos quedarnos con lo siguiente.

El término hebreo *šūb*, traducido al griego por *epistrephō,* y *nahan,* traducido por *metanoeo,* son los utilizados para describir la conversión. Si bien, *metanoeo*, hace referencia a un cambio intelectual –arrepentirse, cambiar de mentalidad–, en algunos momentos es utilizado para traducir el otro concepto: *šūb*, auténtica raíz semántica de la conversión. Tanto con éste, como con su traducción directa –*epistrephō*–, se quiere significar el cambio total de la persona, más allá de lo intelectual. Es una reorientación completa: el cambio práctico y externo, así como el del pensamiento y del querer. No es solo un arrepentimiento, sino que expresa una vuelta, una inversión, un giro, un retorno a algo primigenio y original.

Con ello se indica la relación, en algún caso sinónima, entre fe-confianza-fidelidad y conversión. Convertirse es volver a la entrega confiada al Dios de la Alianza, es volver a la fe, retomar la fidelidad perdida. El converso no solo se arrepiente y denuncia lo equivocado, sino que renuncia a ello y pronuncia la dirección a seguir, la adhesión que realizar.

La conversión bíblica expresa, por tanto, un movimiento radical, fundamental y global, por el que la persona emprende un camino en una dirección inversa a la tomada, desde una única raíz y con un único destino: Dios.

En el Magisterio reciente, esta realidad fue retomada en el Concilio Vaticano II, donde se describía la respuesta del hombre a la revelación de Dios. Ésta debía estar constituida por una entrega libre y confiada, por un asentimiento del entendimiento y de la voluntad, sin olvidar que, para que esto fuese auténticamente posible, su iniciador era el Espíritu. Es su gracia la que «mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da «a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad» (*Dei Verbum*, 5).

Si bien este movimiento fundamental marca el inicio de la fe, su movimiento no es instantáneo ni momentáneo. Perdura toda la vida. Así lo recordaba Benedicto XVI en su carta apostólica *Porta fidei,* con la que convocaba a toda la Iglesia, en el año 2012, a vivir el *Año de la fe*: «"La puerta de la fe" (cf. Hch 14,27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia

---

6 Cf. **H. Merklein**, «metanoia», en **H. Balz-G. Schneider**, *Diccionario exegético del Nuevo Testamento,* vol. II, Sígueme, Salamanca 1998, 248-259; **F. Laubach-J. Goetzmann-L. Coenen**, «conversión, penitencia, arrepentimiento», en **L. Coenen-E. Beyreuther-H. Bietenhard**, *Diccionario teleológico del Nuevo Testamento,* vol. I, Sígueme, Salamanca [4]1998, 331-338; **S. Légasse**, «*epistrephō*», en H. **Balz-G. Scheneider**, o. c. vol. I, 1996, 1540-1543; J. A. Soggin, «*šūb*», en E. **Jenni-C. Westermann**, *Diccionario Teológico manual del Antiguo Testamento*, vol. II, Cristiandad, Madrid 1985, 1110-1118.

7 Es diverso el uso de los mismos términos en la Biblia hebrea, en la traducción de los LXX, en la Vulgata o en el Nuevo Testamento, intercambiándose su significado o deslizándose hacia un campo semántico u otro, en función del contexto.

y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida» (*Porta fidei*, 1)[8].

Como síntesis de lo brevísimamente expuesto, podemos decir que Dios, por medio de su Espíritu, es quien provoca la conmoción inicial por la que el hombre ilumina su existencia y, con ello como «punto de Arquímedes», y con el mismo auxilio de la gracia, inicia un camino de adhesión hacia Dios y de desprendimiento de todo lo que impida recorrer ese camino; siempre acompañado por la fuerza del Espíritu y su concreción eclesial.

3.2 *La palabra de la reflexión teológica*

No pocos teólogos, de diversa orientación, confesión y sensibilidad, tienen en sus escritos alguna reflexión sobre la conversión. De manera ilustrativa, recogemos algunos elementos de tres perspectivas que se complementan y que ayudan a profundizar en esta realidad central de la vida cristiana.

Paul Tillich[9], en el § 5 de su *Dogmática*, al formular sus tesis sobre la revelación, afirmó que «la revelación no es la realización ni la destrucción de las formas condicionadas, sino su conmoción e inversión»[10]. Esta formulación recuerda que el inicio de la conversión no es algo buscado, sino provocado por Dios –irrupción (*Durchbruch*), lo llama–, implicando conmoción e inversión de todas las dimensiones de la vida.

Junto a esto, en el tercer volumen de su *Teología Sistemática* –donde habla del Espíritu y de las ambigüedades de la vida–, Tillich recuerda que una auténtica conversión requiere de una preparación para que la irrupción padecida no se convierta en «un estallido emocional sin consecuencias». Una preparación que revela que la conversión tiene carácter transitivo continuo, no absoluto. La conversión siempre es relativa a lo anterior y a lo posterior, que nunca cancela el movimiento. Por eso la conversión se conjuga en gerundio, no en participio. Uno no está «convertido», sino «convirtiéndose»; pues la vida del creyente es la de alguien «que se está 'arrepintiendo' y 'creyendo', de alguien que está siendo asido por la presencia espiritual en un momento oportuno, en el *kairos*»[11].

Por su parte, B. Lonergan[12], cuando desarrolla el *Método en Teología*, describe la experiencia religiosa como un «estar-enamorado de Dios»[13], como respuesta al amor padecido. Este amor religioso da a luz a un nuevo tipo de conocimiento: la fe. Siguiendo la concepción católica, Lonergan sostiene que la experiencia religiosa, por muy personal que sea, no es solitaria, sino que tiene su expresión en una

[8] Como conclusión de ese *Año jubilar*, el recién nombrado papa Francisco, firmó la encíclica *Lumen fidei*, antes redactada por Benedicto XVI. En ella recordaba la pluridimensionalidad de la fe: su origen teológico, la adhesión personal, su forma eclesial, su lugar en el horizonte de la salvación, la relación con la verdad y el amor, la vida sacramental y espiritual y, por último, las implicaciones en la vida de la sociedad, de la familia y en el dolor. Sin duda, ha sido una encíclica que, debido a la conmoción por el cambio del papado, pasó sin pena ni gloria, pero que conviene releer o, directamente, leer.

[9] Paul Tillich nació en Starzeddel (Alemania) en 1886. Pastor protestante, fue profesor de teología y filosofía en Alemania hasta 1933, cuando, por conflictos con el nazismo creciente, se traslada a Estados Unidos. Allí enseña en Nueva York, Harvard y Chicago, donde muere en 1965.

[10] **P. Tillich**, *Dogmática (Lecciones desde Dresde 1925-1927)*, Trotta, Madrid 2013, 60.

[11] **P. Tillich**, *Teología Sistemática. Vol III. La vida y el Espíritu. La historia y el Reino de Dios*, Sígueme, Salamanca 1984, 271.

[12] Bernard Lonergan nació en 1904, Ottawa (Canadá). Sacerdote jesuita, filósofo y teólogo, fue profesor en Toronto (1940-1952), Roma (1953-1965), en el Boston College y en Harvard. Murió en 1984.

[13] **B. Lonergan**, *Método en Teología*, Sígueme, Salamanca 2006, 107.

comunidad. Así, este enamorarse supone un nuevo comienzo, que nace de lo íntimo, pero que se expresa y se desarrolla en lo social. Pues es en lo comunitario donde cristaliza y perdura la experiencia personal, y dónde puede llegar a ser histórico, transmitiéndose de generación en generación o extendiéndose de un medio cultural a otro, adaptándose y reformulándose. También, porque «la conversión personal llama a una reflexión que tematiza este movimiento, que explora explícitamente los orígenes, los desarrollos, los fines, las realizaciones, los fracasos»[14].

J. Ratzinger –último teólogo al que nos acercamos–, recuerda en el prólogo a la edición del año 2000 de *Introducción al cristianismo*[15], que «la fe solo saldría realmente del gueto si llevara consigo lo que tiene de propio a la esfera pública». Lo propio, dirá más adelante, es Dios mismo. Realidad que está más allá de lo visible y que revela la actitud previa capaz de acogerlo: la conversión. Esta se expresa cuando el hombre se con-vierte, da la vuelta a todo lo visible, para configurar su existencia desde lo invisible y lo eterno. Por eso, «la fe es la con-versión que hace ver al hombre que persigue una ilusión cuando se queda exclusivamente en lo visible»[16]. No es que se huya de lo que le rodea, sino que el creyente sabe que no puede poner en nada de ello su propio fundamento. Esto no supone un fideísmo irracional, sino una relación que aporta luz a la propia identidad y a todo lo que le rodea, sabiendo así distinguir lo accesorio de lo esencial.

De todo ello se infiere, como recuerda en su *Teoría de los principios teológicos,* que la conversión tiene una inexcusable dimensión social. No ya comunitaria –que también–, sino social, pues «un cristiano que considera que su misión se reduce a mostrar una piedad a la altura de los tiempos nada tiene que decir y no significa nada. Puede hacer mutis por el foro. Quienes viven hoy en el mundo con ánimo vigilante, quienes conocen sus contradicciones y sus tendencias destructoras […], estos no esperan confirmaciones cristianas, sino la sal profética que quema, abrasa, acusa y cambia. […] Lo que puede ayudar es solo el valor profético para hacer oír, de forma resuelta e inconfundible, su propia voz, justamente en esta hora»[17].

4 Inspiraciones pastorales

Desde el contexto actual inicialmente descrito en una mano y, en la otra, constatada la importancia y las implicaciones de la conversión en la vida del cristiano, me atrevo a proponer algunos cauces prácticos para recuperarla en nuestros itinerarios de educación en la fe, allí donde fuera necesario, o para favorecerla.

4.1 *Conversión personal: hondura y trascendencia*

Si bien es cierto que la conversión solo acontece por una provocación de Dios y que, por lo mismo, no es fruto de una serie de experiencias a proponer por nuestra parte, también lo es que hay una pedagogía que «despierta» o «facilita» las capacidades para acoger el acontecimiento fundador de la conversión: el encuentro con Dios.

Así, en los itinerarios de educación en la fe, en las propuestas pastorales a realizar, no pueden faltar espacios –momentos de reflexión, temas de grupo, experiencias-

14 *Ibíd.*, 130.

15 **J. Ratzinger**, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 142007 (1968), 22.

16 *Ibíd.*, 49.

17 **J. Ratzinger**, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 2005, 65.

cumbre–, donde la persona tome conciencia, no ya de su realidad –contexto, autoconcepto, biografía…–, cuanto de su misma identidad que, en términos teológicos, se reduce a su condición de criatura. La proyección pastoral de esto implica tomar conciencia de que todo en la vida es recibido, de que no somos autosuficientes, de que somos seres-necesitados-de; que somos precarios, que la limitación personal deja un espacio que reclama la necesidad de acoger a lo que está más allá de nosotros mismos. Y ahí está nuestra grandeza, siempre dependiente.

La toma de conciencia de esa brecha íntima, expresión de nuestra misma identidad, es lo que nos posibilita una vida alejada de lo superficial, con la necesidad de discernir aquello que nos lleva a lo verdadero, bello y bueno; en búsqueda de la libertad suficiente para elegir lo mejor, aun con sus luchas y renuncias; en el aprendizaje continuo para contemplar más allá de lo que se ve, y de que esto tenga su resonancia en el interior y su expresión en la voluntad; y con una sensibilidad especial hacia los demás, hacia sus problemas e inquietudes.

Quizá, este sea el primer paso que convertir y que facilitar. Que la persona entre en sí misma. No buscando el ensimismamiento y la complacencia en la propia interioridad, a base de ejercicios psicológicos que nos encierran en nosotros mismos, sino buscando una actualización del llamado «socratismo cristiano» –que fue tan fecundo en san Agustín, san Buenaventura, san Bernardo, Ricardo de san Víctor, santo Tomás, Pascal, Blondel, Newman, Rahner, Verweyen, entre otros. Versión renovada de aquel «conócete a ti mismo» que nos lleva lejos de los caminos de la autosuficiencia, de la falta de gratuidad, y nos abre a nuestra profundidad habitada por el Misterio y necesitada de él.

Facilitar esta conversión primera, pasa por el acompañamiento personal. Espacio donde tomar conciencia y posesión de sí mismo, donde fijar metas y trazar rutas. Pasa, también, por generar comunidades que sirvan de oasis, en esta sociedad árida de profundidad, para el peregrino en busca de sentido y de destino. Comunidades cálidas que vivan «con los ojos fijos en Jesús» (Heb 12,2), lejos de toda autorreferencialidad, contemplándolo en el necesitado, el marginado, el excluido, «lugares» preferidos de Dios.

4.2 *Conversión teológico-pastoral: centralidad del Misterio trinitario*

No faltan tesis que sostienen que lo religioso, vivido como «la *autorespuesta* a una demanda personal de trascendencia y que no pasaría de ser una construcción exclusivamente humana sin apertura al Misterio de lo absolutamente Otro»[18], es expresión de una vivencia deformada de la religión. Esta desemboca en una religión secularizada que no da respuestas a la dimensión espiritual del ser humano, generando posturas ateas o agnósticas en busca de espiritualidad.

De esta innegable demanda y por la ausencia de propuestas en las tradiciones religiosas en occidente, es cuando surgen *slogans* como el de «religión no, espiritualidad sí». Sin duda, todo un reto para la Iglesia y la fe cristiana.

Lejos de todo juicio condenatorio –*ad extra*–, y de todo moralismo culpabilizador –*ad intra*–, hemos de reconocer que buena parte de esta situación la ha provocado una manera de presentar la vida cristiana demasiado acomodada a las urgencias sociales y al compromiso, o centrada en

[18] **J. Elzo,** «¿Un mundo postsecular? Miradas desde la sociología»: *Razón y fe* 1416 (2016) 235. Remito a este número de la revista que recoge y sintetiza, desde diversas perspectivas, los análisis actuales de la secularización y el pluralismo religioso. Una inevitable referencia que nos abre los ojos al contexto que habitamos, a sus causas y a sus posibles soluciones.

un ensimismamiento intimista que solo se preocupa de la propia subjetividad.

Hay que reconocer que, no en pocas situaciones, las propuestas pastorales se centran en la transformación social (voluntariados, animación sociocultural…). Esto en sí no es algo malo. El problema es cuando se reduce a ello y cuando no se propone la fuente del compromiso cristiano y tampoco se indica su horizonte. Es entonces cuando tan solo hacemos uso de la gente para iniciativas sociales, que nada tienen de pastorales, pues su horizonte es cerrado en lo mundano y poco tiene de trascendente. Ciertamente, ahí dejamos poco espacio para la conversión cristiana y dejamos a la gente encerrada en los horizontes del mundo, sin ningún cielo al que dirigirse, ni anticipar.

Por eso toda propuesta pastoral que quiera ser una invitación a la conversión o que quiera facilitarla, debe ver los modos y las maneras de proponer pedagógicamente la fe cristiana. Su núcleo es el Misterio trinitario: la persona de Dios-Padre, Jesús el Señor, y la fuerza constante y permanente del Espíritu.

Lejos de la elucubración teórica, la configuración trinitaria del Misterio cristiano ofrece amplias posibilidades pastorales, puesto que da referencias y claves de lectura a las cuestiones más profundas y a las situaciones más concretas.

a) La conversión como vuelta hacia el Padre

La conversión, he comentado, es un acto de fidelidad y de donación a un amor que nos precede. Creo que no hay nadie que niegue las afirmaciones de que somos en cuanto amamos, que todo el mundo necesita amar y ser amado, que solo el amor salvará al mundo, que es el amor es que nos salva de la de soledad y el aislamiento. Pues bien, desde la comprensión cristiana, Dios-Padre es este amor, que está más allá de todo amor que podamos recibir y dar. Dios-Padre es sobreabundancia de amor que rompe nuestras limitadas ideas y realizaciones del amor. Dios-Padre es el perdón ilimitado, es la fidelidad incondicional, es el fundamento que resiste todo condicionamiento y situación.

En esta sociedad desesperanzada y sin horizontes de plenitud, donde la inmensa mayoría del mundo se instala en la provisionalidad, en la fugacidad, en la inconsistencia, donde este habituarse en lo carente de fundamento provoca crisis, hace aumentar nuestra debilidad y genera personalidades frágiles… ¿es tan ajena, tan accesoria, la conversión hacia un Dios-Padre que es Amor?

Buscamos fortalezas, apoyos seguros, personas fieles, permanencia en las decisiones y nada de lo que nos rodea –ni nosotros mismos–, nos lo puede proporcionar. Sin embargo, la conversión hacia el Dios-Padre, que es el Amor, puede ayudarnos a ello. Evidentemente, tendremos las mismas dificultades de siempre y que todos, pero vividas desde el Amor, podrán ser integradas en un todo de sentido que lanza hacia una vida más plena, más allá de los condicionamientos de la existencia.

El Amor, como el «desde dónde» y el «hacia dónde» (K. Rahner), puede tensionar una vida ofreciéndole un punto en el que apoyarse y un destino que anticipar en nuestros pequeños gestos de amor. Lejos de un espiritualismo desencarnado, al vivir desde ahí y hacia allí, nuestras acciones se convierten en una auténtica transformación de la realidad, pues, nosotros mismos, convertidos por y hacia el Amor, somos ya signo visible y creíble del mismo Dios.

b) *La conversión como seguimiento de Jesús*

La conversión hacia Dios-Padre, hacia el mismo amor, tiene su concreción en el seguimiento de Jesús. Éste, lejos de ser un modelo de comportamiento, es el que nos revela que el amor del Padre es histórico y encarnado.

Así, nuestra relación con Jesús, no debe situarse en la lógica de la acomodación al tiempo presente de lo que él hizo y dijo –eso podría hacerse con cualquier personaje histórico ejemplar–, sino en la lógica del seguimiento como bautizados. Esto es, la toma de conciencia de que somos en Cristo, de que estamos revestidos de él.

Como Pablo expresó al decir, «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20), situarnos ahí, supone un camino de conversión personal, hacia la configuración con Cristo. Un camino en el que se transformen nuestras opciones, el estilo de relacionarnos, nuestras actitudes y gestos concretos. Implica una relación personal con el Maestro que nos indica cómo «heredar la vida eterna» (Lc 18,18) desde lo que hacemos en favor de los más necesitados.

Este seguimiento y adhesión a Cristo pasa inexcusablemente por tres aspectos centrales en la vida de Jesús: una vida referida al Padre –de la que ya hemos hablado–, la vida comunitaria y la actuación del señorío de Dios en la historia: el llamado Reino de Dios.

Es singular que, según los evangelios sinópticos, de los primeros gestos que hiciera Jesús después de su bautismo y de su llamada a la conversión, fuese reunir a una serie de discípulos en torno a él (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11). Siendo este un acontecimiento que prefigura el nacimiento de la Iglesia después de su resurrección, nos indica que la vida comunitaria no es indiferente en aquel que se ha adherido –convertido–, o que está por iniciar el seguimiento de Jesús.

Así, la propuesta de una comunidad en la que insertarse y participar, puede ser unas de las mediaciones que faciliten la conversión y que exprese la misma conversión realizada. Una comunidad formada por personas diversas que, aparentemente, no tienen nada en común y que, sin embargo, dan testimonio de aquel que les ha convocado. Una comunidad donde alimentar la propia fe mediante el testimonio mutuo y la atención fraterna. Una comunidad que ora como expresión de la unión entre la vid y los sarmientos (cf. Jn 15,1-17), como la unidad entre el cuerpo y la cabeza (cf. Rom 12,3-8).

Junto a ello, la actuación de Jesús era expresión del señorío de Dios en la historia. Era el mismo Reino de Dios en acto. Lejos de ser un lugar utópico y alejado, el Reino de Dios es toda situación donde Dios y su Ley –la del amor–, se manifiestan como operativos y presentes. Únicamente desde ahí es desde donde tienen sentido cristiano las acciones solidarias, el compromiso transformador de la sociedad, la lucha por la dignidad de la persona, la denuncia de las injusticias sociales. Todo lo demás, son acciones inmanentes que encierran a la persona en el horizonte del mundo, anulando la propuesta de trascendencia relacional que tiene la fe cristiana, y dejando sin saciar la sed de espiritualidad que todo ser humano tiene.

c) *La conversión como vida en el Espíritu*

La vida en el Espíritu, aunque siempre tratada en último lugar, es, en realidad, lo primero. Nosotros, que no convivimos

con Jesús, sólo tenemos acceso a él y a la relación con Dios-Padre, por medio del Espíritu. Es, como nos indicó Jesús, el paráclito (cf. Jn 14; 15,18-27), es decir, el entrenador, el preparador personal para llevar adelante la vida cristiana.

Esto nos habla del carácter permanente de la conversión. Uno no está nunca convertido, sino que siempre está en camino para la acogida y la donación del amor, para el cuidado de la vida fraterna y para la actuación del Reino de Dios. Cuestiones que reclaman un continuo discernimiento de los signos que acontecen a nuestro alrededor. Así, la vida en el Espíritu supone la conversión del conocimiento en sabiduría, e implica trascender lo conocido –y trascenderse–, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (cf. 2Pe 3,13). Hacia una mirada contemplativa del mundo que sepa acogerlo en su bondad y sanarlo en su enfermedad, con una «mística de ojos abiertos» (J. B. Metz)[19] .

Esto, necesariamente, reclama momentos y espacios cuidados para estar, no en soledad –pues el cristiano nunca está solo–, sino a solas con el Espíritu que habla en nosotros. Cuánto deberían cambiar aquellas propuestas de oración y celebraciones que, bajo la excusa de ser «para jóvenes», acaban convertidas en dinámicas de grupo que nos apartan de nuestra hondura y nos alejan de la presencia del Misterio, o que, simplemente, después de reflexiones y despliegues audiovisuales, se contentan con recitar automáticamente una oración. Cuánto deberíamos invertir en pedagogías e itinerarios de oración, para que la gente se sepa manejar en ella con autonomía y no en función de si se les propone, o no, en grupo.

Como todos sabemos, damos aquello que tenemos y no damos aquello que no tenemos. Puede suceder que nuestras propuestas pastorales se centren en la exterioridad y se olviden de la vida en el Espíritu porque los mismos agentes pastorales –por mal que suene este calificativo–, viven en la excentricidad. Es decir, fuera de sí, volcados en las urgencias, en la gestión de proyectos e iniciativas, descubriéndose, casi, como funcionarios tecnificados en multitud de actividades que no tienen más resonancia que unas publicaciones en las redes sociales. ¿No tendremos que convertirnos nosotros primero, hacia el lugar originario, hacia la oración en silencio y recogimiento, hacia la interioridad habitada por el Misterio? ¿No será esta la única manera de facilitar la conversión primera y continua de los demás? Urgen personas que remitan a la consistencia de la labor eclesial, que indiquen el camino hacia lo único necesario, que, encarnadas en mil proyectos e implicadas en mil vidas, tengan la distancia suficiente sobre ellas porque están iluminadas por «la luz y el objeto del alma»[20], que es Dios-Amor, el *Abba* de Jesús.

SANTIAGO GARCÍA MOURELO

19 Cf. **J. B. Metz**, *Por una mística de ojos abiertos*, Herder, Barcelona 2013.

20 **San Juan de la Cruz**, *Llama de amor viva*, 3, 70.